

acabado de destrozar en su huida por las guerrillas de García de la Cadena, no obstante que contaba con tres mil hombres y veinte bocas de fuego.

Mas tarde volveremos á encontrar á nuestros valientes y simpáticos oficiales tomando su parte respectiva en las operaciones de la plaza de Querétaro.



CAPITULO LX.

Carlota.

LUEGO que Maximiliano y sus íntimos se persuadieron de que en efecto la retirada del ejército francés de México no era una simple amenaza de Napoleón para que se procurara cumplir los convenios, sino una resolución irrevocable impuesta de un lado por la diplomacia americana y del otro por las exigencias de la política y las complicaciones europeas, se convino en que la misma princesa Carlota fuera á remover cielo y tierra, á fin de conseguir que dicho ejército, que era el principal apoyo del gobierno imperial no fuera retirado, ó si de todas maneras tenía que retirarse, no fuera tan pronto, sino dos años más tarde, plazo que sobraría para el aniquilamiento de los republicanos, que si respiraban aún era por la negligencia con que había manejado la campaña el mariscal Bazaíne, interesado él mismo en que desapareciera lo

existente para formarse una situación suya, pues que á consecuencia de haberse casado con una mexicana, se le habia despertado la ambición de nombrarse el jefe del país con cualquiera denominación.

Con tal propósito é investida de plenos poderes, la princesa Carlota salió de Veracruz con un reducido acompañamiento, y llegó á Paris el 9 de Agosto, alojándose en uno de los mejores departamentos del Gran Hotel, situado en uno de los principales boulevards.

Se la dijo que habia habitaciones dispuestas para ella y su séquito en las Tullerías; pero contestó que renunciaba á los honores reales porque viajaba de incógnito.

El día 1º recibió la visita del ministro de Relaciones M. Drouin de Lhouys, que era tan zaragate como cuantos rodeaban á Napoleón el pequeño, el cual la dijo después de las frases comunes:

—S. M. el Emperador tiene la enorme pena de no poder él mismo venir á presentar sus homenajes de respeto á V. M., por encontrarse indispuerto.

—¡Qué desgracia! contestó Carlota riéndose, la enfermedad del Emperador debe ser repentina, porque anoche no faltó quien me dijera que la salud de S. M. era mejor que nunca.

—Sí, en efecto, ayer estaba bueno y ahora se encuentra enfermo. Eso le pasa con frecuencia. En realidad su naturaleza está minada, y como nunca se presta á una curación radical, son más los días malos que los días buenos que tiene, mientras no venga la postración.

—Pues lo siento, tanto más cuanto que quería verlo hoy mismo.

—Hoy mismo es imposible; pero me ha encargado que lo represente ante V. M. como si fuera él en persona,

y en esa virtud me pongo completamente á las órdenes de V. M.

Carlota clavó una mirada investigadora en Drouin de Lhouys, y luego le dijo:

—Si es usted la misma persona del Emperador, es claro que puede contestarme una pregunta, una sola.

—Hágala V. M.

—¿Tiene facultades para concluir en el instante mismo conmigo, que si las tengo, un pacto respecto de los asuntos de México?

—V. M. no ha comprendido entonces cuál es en este momento mi representación, contestó el ministro riéndose: soy el Emperador para hacer á V. M. los honores del gobierno de Francia, para atenderla y hacerle grata su permanencia entre nosotros. Respecto á otros asuntos, sólo es el árbitro S. M. el Emperador.

—En tal caso, nada ya tenemos que hablar. Esperaré aquí todo el tiempo que sea necesario, hasta que recobre por completo la salud el Emperador de los franceses.

Y la princesa le volvió las espaldas desdeñosamente.

Bien es sabido que Carlota no tuvo que esperar mucho. Al siguiente día que fué el 11 de Agosto, acompañada de la mujer de Almonte y de otras personas, se dirigió á Saint-Cloud en donde se encontraba la Corte, y fué bien recibida por la familia imperial, menos por Napoleón, que siguió fingiéndose enfermo.

Carlota insistió tanto, que al fin logró introducirse á presencia del autócrata, el cual se manifestó con ella frío y reservado.

La princesa abordó desde luego el asunto que la llevaba, y mientras leía ella misma una larga memoria que llevaba preparada, en que se describía la situación del

imperio en México y se hacían terribles acusaciones contra Bazaine, á quien hasta se le hacía el cargo de estar en inteligencias con el enemigo, Napoleón, escuchaba con aire distraído, unas veces de pié con los brazos cruzados, otras dando paseos con marcadas muestras de impaciencia.

—¿Y bien? preguntó insolentemente luego que Carlota dió vuelta á la última página

—Maximiliano y yo suplicamos á V. M., que en virtud de todas esas razones que consideramos convincentes, que cumpliendo V. M. con su palabra empeñada, conserve en México su ejército por dos años más al mando de otro jefe que no sea el mariscal Bazaine.

Napoleón no contestó y siguió paseándose. Tenía una cita casi á aquellas mismas horas con una preciosa condesa y estaba como en brasas.

Carlota siguió suplicándole hasta caer delante de él de rodillas. Se apresuró á levantarla diciéndola:

—Es imposible, es imposible.

Ella siguió rogando; él siguió más impaciente que inflexible, dando respuestas ambiguas, hasta que por fin la dijo:

—Nada más tengo que decir por hoy, señora: estoy ahora sufriendo . . . quizás mañana podré ver á V. M. en su propio alojamiento para darle mi última resolución.

Ella se enjugó los ojos porque había llorado, y salió sonrojada de la presencia de aquel hombre de hielo ó de piedra.

Hé aquí cómo se refiere la segunda entrevista verificada entre aquellos dos soberanos en el Gran Hotel.

Nerviosa y excitada, dicen los cronistas, brillando por momentos en sus ojos la luz de la esperanza, la princesa Carlota, con el temor y el deseo á la vez de saber su sen-

tencia de vida ó de muerte, contando las horas y los minutos, esperó la visita del Emperador.

—Ese hombre, se decía interiormente, que ha creado un trono para mi marido, no sufrirá que se estrelle en la nada tan grandiosa obra. ¿Qué me han dicho en realidad sus palabras evasivas en nuestra entrevista de Saint-Cloud? ¿Qué es lo que me ha resuelto con su frialdad y con su indiferencia? ¿Qué opinión se ha formado de mis razonamientos? ¿Qué me significó con su desvío, que estaba realmente enfermo ó que hacía esfuerzos inauditos para acallar los gritos de su conciencia? ¿Pero acaso tiene conciencia Napoleón III que no es más que un aventurero audaz, levantado en los brazos de la fortuna, un criminal cualquiera, ladrón de coronas?

Y como alucinada, como si se atropellaran en su imaginación mil sombras, mil imágenes, mil espectros, mil escenas de sangre y de incendios, sufría crisis terribles, se oprimía el pecho y el estómago, y exclamaba casi con toda convicción:

—¿Será cierto que me han envenenado en Saint-Cloud? ¿será verdad que me deslizaron un tósigo entre las golosinas con que fui obsequiada?

Cuando Luis Napoleón fué anunciado, ella salió á su encuentro temblorosa y jadeante.

Fué necesario que transcurrieran algunos segundos para que ella abordara sin rodeos la conversación que quería, diciéndole netamente después de sentarlo á su lado:

—¿Vuestra Majestad se conduce por fin de la suerte de mi marido, según puedo colegirlo de su semblante contristado. . . ? ¿puedo esperar por fin que será protegido?

Luis Napoleón permaneció callado por algunos mo-

mentos contemplando de hito en hito á aquella desgraciada.

Luego con voz apagada, como si fuera casi un murmullo, pero en el que se notaba inmensa pesadumbre, contestó:

—Mis compromisos con México, señora, han tocado á su fin y ya no puedo renovarlos. Mi voluntad misma, por grande que fuera, sería impotente para mantenerlos. Mis consejeros; las Cámaras; la Francia; todos se oponen á este deseo.

—Vos sois el jefe, vos sois el amo, señor.

—Yo soy el amo, señora, el jefe obedecido y respetado cuando mis disposiciones van conformes con los intereses y la gloria de la Nación. Pero yo no soy el dueño que pueda precipitar á este país en un peligro inminente, en una guerra sin límites, sin resultados apreciables para la prosperidad común.

—Sire, vos no hablábais así antes.

—Era que antes tenía algunas esperanzas.

—¿Y ahora?

—Ahora ya no tengo ninguna.

—¿Por qué? ¿por qué, Dios mío?

—Hay que hablar con franqueza, señora. Antes creía, tenía confianza en que el Emperador Maximiliano sabría aprovechar la eficaz ayuda que yo le presté, para hacerse amar de un pueblo, para comprender sus necesidades, para penetrarse de su espíritu y para poder continuar solo la obra comenzada en común. . . .

—¿Y ahora?

—Estoy viendo el fracaso. . . .

Ella sintió un gran estremecimiento: se levantó, se pasó la mano por la frente, dió algunos pasos por el sa-

lón y luego tomó otra silla y se sentó frente al Emperador exclamando:

—¡Eso es terrible!

Después, al pasarse las manos otra vez por la frente, como para quitarse los malos pensamientos, dijo con tono humilde:

—Sire, se dice que sois bueno, que vuestro corazón está siempre abierto para los que sufren. El infortunio ha caído sobre mí y sobre mi marido. Tened piedad de nosotros. Otra vez más venid en nuestro auxilio, Sire, y nosotros os amaremos y os bendicaremos.

Y cogiendo una mano de Napoleón, quiso llevarla á los labios haciendo ademán de arrodillarse.

Napoleón detuvo con rapidez aquel movimiento, é inclinándose delante de ella le contestó:

—Vos hablais, princesa, como si vuestro marido corriera algún peligro. Está en su mano evitarlo si existe. Que se retire de México juntamente con mis tropas; que abandone ese sueño de imperio, que no ha sido al fin y al cabo más que una mala pesadilla.

La joven princesa se irguió con orgullo y exclamó con penetrante acento:

—Y qué, Sire, ¿vos aconsejareis la huída á mi esposo, la huída, es decir, el deshonor y la cobardía?

—Un general, señora, no se deshonor ni comete un acto de cobardía cuando capitula después de haber perdido la batalla. El Emperador Maximiliano, ¿no está acaso en la situación de un general vencido? Que obre como tal. Es bueno dejar las grandes expresiones de efecto para mejor oportunidad. . . .

Y como ella tuviera un sobresalto, él agregó: